



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12570

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

LUNES 12 DE OCTUBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini-
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

EN HONOR A PEREZ GALDÓS

Banquete a Galdós

Desde que se anunció que el señor Pérez Galdós vendría a Cartagena a recoger impresiones y dolencias para el último libro de la cuarta serie de los *Episodios nacionales*, o sea *La vuelta al mundo en la Numancia*, fué propósito de sus admiradores festejarlo. Y como D. Benito los tiene en todas las clases sociales; especialmente en la milicia marítima y terrestre, cuyas glorias ha inmortalizado en sus libros *El combate de Trafalgar*, *Gerona*, *Zaragoza*, *Luchana* y tantas otras que quedarán testimoniando aquellas glorias y el talento de primer orden del novelista ilustre, los militares se consideraron con superior derecho a festejarlo y ayer le dieron un banquete en su círculo de la calle Mayor, al cual asistieron, sumándose a la oferta del obsequio y al gusto de sentarse a la mesa con el notable literato, representantes de otras sociedades y varias individualidades.

La mesa fué perfectamente servida por el Hotel Inglés; los comensales fueron muchos; la animación grande y grandísima la complacencia de todos.

Al final del banquete, en el momento de los brindis, le fué entregado a D. Benito el mensaje que a continuación insertamos, al que contestó aquel con el discurso que

publicamos al final, que fué aplaudido extraordinariamente.

MENSAJE

AL GRAN ESPAÑOL

Don Benito Pérez Galdós

Agradecemos en el alma, todos los aquí reunidos, la grata presencia del maestro incomparable, y la estimación tanto más, cuanto sabemos su invencible repugnancia a todo acto ostensible de respeto y admiración hacia su personalidad ilustre. Al reunarnos aquí para rendir pleitesía al Genio, un pensamiento común armoniza todas las ideas, cristalizando todo cuanto de generoso hay en nosotros, para olvidar las miserias impurezas del ambiente que respiramos todos, en estos días críticos para la salud de España.

Iniciativa del Centro del Ejército y Armada fué este humilde homenaje, que hoy rendimos al Maestro; iniciativa inspirada por un sentimiento grande de patriotismo, al cual se unieron las dignas representaciones de otros círculos atraídos por el ímán irresistible que Dios puso en la inteligencia privilegiada del cantor de nuestras glorias pasadas...

Dios ha querido que esta histórica ciudad continúe avanzando que fué de una civilización que tuvo su metrópoli, al otro lado de ese mar, en unas playas que fueron españolas, y cuya reconquista es hoy la ilusión de nuestras almas sedientas de vindicaciones y de justicia. Dios ha querido que albergue por unos cuantos días al que en po en horas amargas, cuando era todo triste y sombrío, pronunciar las primeras palabras de esperanza, y derramar en las almas, arrojadas por la tremenda catástrofe que nos infringió la fatalidad, los con-

netos de su alma generosa, en páginas inmortales que acataron a dispar nuestras melancolías.

Los profetas en su peregrinación sin descanso tras de la Verdad, tuvieron siempre su ciudad sagrada: sea esta tierra hospitalaria una nueva Jerusalén, de la cual salga alguna nueva idea, de esas grandes y luminosas ideas que han brotado del cerebro del Maestro para iluminar la oscuridad de estos días tenebrosos.

Y esa idea puede surgir al conjuro de los recuerdos. En un día brumoso, aliados con una nación en cuya compañía jamás vimos el Sol, hundíase nuestro poderío naval en aquella batalla memorable, immortalizada en las páginas de oro de Trafalgar y años más tarde, como si fuera una advertencia de ese Espíritu invisible que rige los destinos del planeta, el eco de las batallas como la de Wellington, gloria inmarcesible en los Arapiles.

Y esta gloria, y aquellas otras de Zaragoza y de Gerona descritas con tan divina elocuencia por el grande hombre que hoy reverenciamos, llevaron por los ámbitos del planeta, el eco de las batallas como la de Alvarez de Castro y Pámalox y heroísmos sin ejemplo como los de los infatigables marinos de Trafalgar.

Ea, pues, gratitud obligada, la de los marinos y la del Ejército, hacia el que supo traducir sus amarguras de los días tristes y sus entusiasmos de los días risueños, en esos monumentos escritos de los *Episodios Nacionales* que encierran toda la Historia de España de la primera mitad del pasado siglo. A nosotros han llegado esas ráfagas de esperanza que alienta en todas las obras del Maestro insigne, y con la esperanza, la ilusión de risueños mejores días para la

Patria, y siendo nacional y patriótico e apostolado que se ha impuesto al creador inspirado de tantas obras, pensamos que alguna idea podrá surgir de su cerebro portentoso en estos momentos, en que por vez primera respira en un ambiente tan distinto del en que ha vivido siempre.

Saludemos, pues, al Maestro mil veces ilustre: reverenciamos al Urbano inextinguible de la Verdad y del eterno Bien; al fustigador de todas las injusticias: al paladín de la regeneración nacional por el camino honrado del trabajo y del Amor, y rindámosle pleito homenaje de gratitud y de cariño, al que evoca el recuerdo de un mundo venturoso, para reanimar las fuerzas debilitadas de una nación, que no quiere cerrar sus ojos a la esperanza, ni conformarse a vivir en la oscuridad, ni en el olvido.

Y para realizar este ideal, Maestro, es necesario un apostolado que llegue al alma de las multitudes, arrullándolas con la voz acariciadora de los profetas, y sepa contagiar los corazones de los privilegiados, con los ecos de la patria y de la justicia, solicitados en el alma por la Patria que vive y de esa justicia que es la base de la moral y de la vida. Para acometer con virilidad y éxito esta tarea, necesitamos, Maestro, la reconquista de España, arrastrada por las negras manos de la ignorancia y del excepticismo.

Nuestra misión, Maestro, es constante a la misión de aquel Cristo, que fué el más grande de la Palabra para salvar al mundo de los tiranos, y emancipar al alma, de las cadenas de la oscuridad y del error.

Encarnado en un pueblo humilde, el cora silnetado de los que son el cadáver de España; y cuando pasados algunos días recordéis, á solas con vuestras ideas, el acto de hoy, escribid, escribid una página de gloria á estos marinos y á estos soldados que hoy os festejan, y decid á los que no

los conocen, que el egoísmo de clase jamás manchó sus conciencias honradas; que anhelan el bienestar de la patria por el camino recto y frondoso que habéis encerrado en la espiritual creación de *Marineros*; por el trabajo y la dignificación de nuestra alma española, la misma de Górriz, de Churrucos y de Alvarez de Castro, transmigradas al alma del oscuro capitán Lasmorenas, y á la de los héroes marinos de Santiago y de Cavite, y decid, que buena su fuerza y su predominio, no en precedentes ya antiguos, que conllevan un generoso olvido, sino en la conciencia de la juventud, que debe aprender á leer en vuestros episodios inmortales, las glorias y las amarguras de los pasados días, para formar su alma en el recuerdo de lo que fué; al yunque del destino y al trabajo reconstituyendo la España en la gloria de la inteligencia, que no será fructífera y provechosa apoyada en la virtud de un Ejército potente y una Marina poderosa. Y con esperanza de estos días de la patria: vuestros episodios animados por vuestro genio, cuya juventud es una generación que vive, y será en vuestra peregrinación temporal el ideal, recogiendo vuestro espíritu, vuestro idealismo con vuestra obra de verdad y de justicia, contribuyendo a la reconquista de España y a la reconquista de la moral y de la vida, cuya vida nueva está en las páginas de vuestros episodios, animados por vuestro genio, cuya juventud es una generación que vive, y será en vuestra peregrinación temporal el ideal, recogiendo vuestro espíritu, vuestro idealismo con vuestra obra de verdad y de justicia, contribuyendo a la reconquista de España y a la reconquista de la moral y de la vida.

DISCURSO DE GALDÓS

No extrañéis, señores y amigos, que sea



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



198 BIB. IOTCA DE EL ECO DE CARTAGENA

DOS MISERIAS

19 9

305 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

¡dejadme y salid!

—No, no antes de haberos hablado ahora lo advino todo, y en vano tratáis de ocultarme la verdad. Esa languidez, esa tristeza, esas lágrimas.

—¡Cecilia!

—¡Silencio!

—No sufro solo por vuestra separación...

—¡Ah! no me comprometáis, —esclamó ella ocultando el rostro entre ambas manos.

—¿Por qué? ¿qué teméis? —preguntó con trasporte.

—¿No soy vuestro esclavo? ¿no estáis acostumbrada á imponerme vuestra voluntad? ¿creéis que puedo perderos quién os mira como á su ángel salvador? ¿no habéis hecho vos de un hombre desesperado, fuera de las leyes humanas, un hombre de bien, un hombre dichoso? No temáis que yo os mire como á un ángel, como á una hermana... Si mi alegría os asusta, la esconderé en el fondo de mi alma; me contentaré con adoraros en silencio, dichoso por que sé que vos aceptáis mi adoración... ¡Oividad estos instantes esta confesión arrancada, y moriré sin haberos recordado jamás.

—Os creo, Luis, os creo, —me dijo Cecilia tendiéndome la mano con ternura.

Yo la estreché contra mi corazón, y en aquel instante un ruido resonó en la celda que nos hizo á los dos volver la cabeza.

—Alguien nos ha oído, —esclamó Cecilia poniéndose pálida como un muerto.

Una carejada se dejó oír, yo quise correr hacia la puerta, y en aquel instante, esta se cerró por la parte de afuera.

Ambos lanzaron un grito y yo murmuré con seguridad:

—¡Esteban!

—¡Oh! sí, él es, —esclamó Cecilia con terror, —os ha visto subir, nos ha enderrado, corred á dar parte...

—¡Imposible, sería demasiada infamia! —esclamé yo.

—¡Old, old!

Ruido de pasos y de voces oíase por la escalera.

—¡Las hermanas! —esclamó Cecilia con espanto.

—Las hermanas van á venir, á encontrarme con vos.

Cecilia no respondió, y corrió á esconder el rostro entre sus manos apoyándose en una silla.

—¿Y no hay medio de escapar? —esclamé con desesperación, —¿no hay otra salida que esa puerta?

—No hay otra.

Mi vista se fijó en la ventana, corrí á ella, medí su altura y no pude distinguir al fondo.

—Y con detención, —esclamó Esteban— una hora lo menos que el enfermo falta de su puesto.

—¿Y qué os ha impedido hacer salir á este hombre? —esclamó la superiora, —¿por qué no habermos mostrado esta inocente carta?

—¡Ah! no comprendéis, —esclamé— que no ha querido perjudicarme? ¿que ha tenido compasión?

La superiora miró á Cecilia y esclamó:

—¿Vos nada decís, dejais solo á este hombre el cuidado de justificarse?

—Todas mis palabras serían inútiles, —murmuró Cecilia cuyas lágrimas corrían silenciosamente. —¿Qué podrían hacer mis protestas cuando las apariencias me acusan? ¿Hay situaciones tan impensadas que no se pueden admitir sino como una prueba que nos envía Dios?

El acento de Cecilia, en ademan, su tristeza tenían una dulzura que mi corazón se oprimió dolorosamente. Yo la había arrastrado aquella situación, y la había perdido... Desesperado con esta idea lo olvidé todo, me arrojé á sus pies y esclamé:

—¡No quieren creerme! Os insultan á vos, á quien Dios colocaría entre sus ángeles. ¡Ah!... porque habéis tenido piedad de mí... Ya veis que no comprenden vuestra generosidad, vuestra agnación. El mal les parece mas probable que el bien que ellos comprenden: yo hubiera debido adivinarlo, pero creí que solo